amén de otros instrumentales, de todo lo cual se da fe. Allí está muy blanca la testadora y muy transparente, y todos la contemplan colocados en muy lindas y gallardas posturas.

—Lo único que me preocupa—ha interrumpido la excelente señora—es saber la forma de gobierno que habríamos de implantar allí. De la República no hay que hablar. Salmerón está el pobre muy acabado, y además sería capaz de hacer que todos hablaran en catalán, con lo cual no podríamos entendernos. De los radicales, Dios nos libre. Es verdad que quitarían allí los consumos; pero la tomarían con los frailes y se repetirían los sucesos de Alcoy.

—Yo creo—he dicho—que lo mejor sería enviar de visorrey á Weyler, quien también tiene buenas prendas, todas góticas, y nos podría hinchar las medidas. De la colonización interior habría que encargar á Besada y á cualquier otro de la justicia municipal, encomendada hoy á los santones. Con esto y el voto obligatorio, llenaríamos aquello de monumentos grecorromanos que no habría más que pedir.

—Sobre todo—ha añadido la señora con entusiasmo—hay que *cristianar* todo aquello. ¿No es una barbaridad que sean ateos? Yo les echaba abajo todas las pagodas. Una buena paliza, y adelante. Construiría una gran muralla, y adelante otra vez. Luego otra muralla, y andando; y así hasta llegar á Calcuta. Pronto seríamos respetados. Ya verían cuando el Africa fuera nuestra. Y se dijera lo que se quisiera, quedaríamos como unos argonautas. ¿Digo alguna barbaridad?

—No señora—he sentenciado gravemente—. Dice usted, poco más ó menos, lo que dicen los que se tienen por bien enterados.

LXXIII

Ha muerto mi hermano mayor en letras. No he podido abrazar su cadáver, ni velar en la noche trágica su lecho revuelto, como vela un perro una cuna vacía; no he podido llevar á su sepultura un puñado de tierra. Quiero dar forma sobre el papel á unas cuantas quejas dolientes, y tampoco puedo.

Ahora comprendo mi pequeñez; la inmensa distancia que me separaba de su grandeza; ahora mido su bondad hacia mí, cuando se dignaba acercarme, como el Redentor á los pequeñuelos, á su nimbo de luz.

Enfermo, triste, desesperanzado, en días de aflicción y de inconsolable y penosa angustia, él me ha escrito: «En el corazón de los buenos, no es la esperanza lo último que muere: aun le sobrevive el deber.»

Y yo tengo el deber de arrojar sobre la tierra que cubre á Alfredo Calderón un puñado de flores de mi huerto misérrimo, seco y estéril, y mis manos están vacías; y siento el mandato imperioso de proyectar en la húmeda niebla una tierna plegaria, y mis labios se agitan en vano, mudos y balbucientes. Debo rendir un noble y sacrosanto tributo. ¡Ay de mí, si no sé!

Hermano, ¿me oyes? Ya se ha extinguido el rumor de los pasos de tus acompañantes taciturnos. La noche es silenciosa, solemne, nupcial, como preñada en renovación. Despierta: á falta de flores lánguidas y paupérrimas, criadas por mí, traigo

las que me diste, conservadas en un breviario secreto, impregnadas en llanto de ternura.

«¿A qué este Universo, nacido únicamente para morir? ¿A qué esta Naturaleza ciega y sorda, sin alma y sin entrañas, con sus leyes de hierro y su inconsciente, inexorable tiranía? ¿A qué este inmenso campo de batalla donde los seres se disputan con feroz encarnizamiento migajas de la vida, en lucha incesante, tremenda, bárbara, impía, en la cual al cabo todos son vencidos? ¿A qué sacar por un instante de la nada lo que á la nada ha de volver?»

En esta ley inexorable has sido un vencido. La vida es una rebelión contra el medio: una cruenta lucha contra las energías exteriores que acaban por disgregar nuestro débil organismo en la tumba. Cuanto mayor es la energía moral é intelectual de un hombre, más rudo es el combate que sostiene con el medio exterior. Hombres destinados á hacer sentir á la Naturaleza el peso de su espíritu, acaban por caer rendidos, después de pronunciar el *non serviam*.

Pero ¡á qué costa! Uno pone al servicio de los hombres las fuerzas destructoras del Universo; otro enseña los medios de modificar ó utilizar sus leyes; éste convierte el bloque en imagen; aquél transforma la materia en idea. Y anhelamos creer que la Naturaleza que, implacable y cruel, fué venciendo, humillando, anonadando á sus conquistadores uno á uno, acabará por rendirse, cariñosa y sumisa, á la labor constante y el esfuerzo generoso de todos.

¡Cuán tristes y cuán á ciegas caminamos! «¿Por qué la injusticia? ¿Por qué el dolor? ¿Por qué el desorden? ¿Por qué la muerte?» «¿Qué lema consolador escribir sobre el cenotafio de un Dios muerto,

sobre las ruinas del solio de una humanidad destronada, sobre la frente del hombre infeliz, fruto del azar de la selección, juguete de un destino inflexible, condenado tras penosa vida de privaciones, de dolores, de afanes, de desengaños, á perdurable anonadamiento?» «¿Cómo no ser grande y no morir, si el pensar lleva aparejada la horrenda caída desde lo infinito?»

Porque fuiste grande, porque fuiste sabio, porque en la vida fuiste bueno, para saludarte los hijos del hombre cogerán palmas. ¿Y esas palmas han de marchitarse también? Y en esa sucesión implacable del tiempo que, según el poeta, hace morir hasta á las ruinas, ¿se ha de desvanecer tu memoria como el humo sobre los techos de rastrojos? ¿Y ha de ser inútil tu ejemplo y tu obra ineficaz, y vano y estéril tu sacrificio?

¿Y hemos de ser nosotros, pequeños, torpes, cuyas ideas son reminiscencias y cuyo lenguaje es tartamudez, los que habremos de reemplazarte en enseñanza y apostolado, á ti, apocalíptico evocador de las sublimidades secretas, dueño del léxico y del idioma, cincelador en carne y en idea, corazón que pensó, cerebro que supo palpitar la vida?

Y yo que sentí, con el escalofrío que produce la presencia eucarística del Graal, la consagradora imposición de tus manos, perdido en la noche sin fulgor, de rodillas ante tu sepultura sin epitafio, alzando los ojos á la inmensidad vacía de dioses, queriendo ahondar en las tinieblas de una bóveda obscura sin centelleos, ¿no he de encontrar la frase rotunda, el concepto definitivo que pueda sonar dignamente como una ofrenda ó siquiera la palabra sentida y humilde que tenga otra inflexión que la de un vano y cobarde sollozo?

Yo también experimento cansancio. Yo también

siento la proximidad de otras noches, en que no habrá más claridad que la de las azuladas luciérnagas, en que parecerá un infecundo sueño haber amado, pensado y vivido. ¡Adiós para siempre, si es verdad que todo perece, que nada queda de la presciencia de lo Absoluto y que hemos llorado en vano sobre la tierra que nos espera, cegados por una mentirosa esperanza!

FIN

DOS JUICIOS

ACERCA DE

"El Huerto de Epicteto,, [1]

Madrid 24 de Noviembre de 1906 (2).

Estimado amigo Zozaya: Con delectación he leído su hermoso libro *El Huerto de Epicteto*. ¿Qué puedo decirle que no presuma usted? Es usted uno de los pocos escritores españoles que tienen corazón y cabeza, sensibilidad y filosofía. Su manera de sentir las tristezas é injusticias de la vida, es digna de un gran pensador y de un espíritu recto y honrado.

Usted perdona, porque ama y entiende; usted disculpa, porque sabe cuán fácilmente se turba ó deteriora esta sutilísima máquina cerebral, que se nos concedió sin duda para conocer la verdad, pero que sirve más á menudo para errar en las tinieblas (tomando, por ejemplo, á los amigos por enemigos) y fabricar bellas quimeras. ¿Cómo no tolerar las preocupaciones ajenas, si entre el camino que conduce á la verdad y el que desemboca en el error, no hay sino el diámetro de una microscópica fibra nerviosa?

Suyo affmo.,

RAMÓN Y CAJAL

(1) De los muchos que se han impreso en elogio de esta obra, son sin duda estos dos los más interesantes por las afirmaciones en ellos contenidas.

(2) Esta carta fué publicada por su insigne autor.